

Tejer desde la infancia: niñas trabajadoras y agencia política en la producción de alfombras en Irán

*Iraís Fuentes Arzate**

Resumen

Este artículo analiza críticamente el trabajo de las niñas en el tejido de alfombras persas en Irán, atendiendo tanto a las condiciones estructurales que lo posibilitan como a las formas de agencia que ejercen en contextos de expropiación. A partir de un enfoque feminista materialista, se problematiza la naturalización del trabajo de las niñas como parte de una división sexual y generacional del trabajo, y se cuestionan las nociones hegemónicas que definen qué cuenta como infancia, trabajo y acción política. El texto recupera a las niñas tejedoras como productoras de saberes y memorias, reconociendo en sus prácticas cotidianas formas de agencia que operan incluso en contextos de subordinación. El artículo se construye a partir de fuentes académicas en inglés y persa, y propone una lectura crítica de la participación infantil en la producción textil, articulando el análisis de sus condiciones materiales con los sentidos que las niñas atribuyen a su trabajo.

Palabras clave: Niñas tejedoras; Trabajo infantil; Agencia; Alfombras persas; Irán

*Universidad Nacional Autónoma de México, México. E-mail:
iraifuentes@politicas.unam.mx

Recibido: 16/12/2024, Aceptado: 11/03/2025

Weaving from Childhood: Working Girls and Political Agency in Carpet Production in Iran**Abstract**

This article offers a critical analysis of the labor of girls in Persian carpet weaving in Iran, focusing on both the structural conditions that enable it and the forms of agency they exercise within contexts of expropriation. Drawing on a materialist feminist approach, it problematizes the naturalization of girls' labor as part of a sexual and generational division of labor, and challenges hegemonic notions of what is considered childhood, labor, and political action. The text reclaims carpet-weaving girls as producers of knowledge and memory, recognizing in their everyday practices situated forms of agency that operate even under conditions of subordination. Based on academic sources in English and Persian, the article proposes a critical reading of children's participation in textile production by articulating an analysis of their material conditions with the meanings the girls themselves attribute to their work.

Key-words: Girl weavers; Child labor; Agency; Persian carpets; Iran

Introducción

En Irán, la industria del tejido de alfombras representa mucho más que una actividad artesanal o económica, constituye una estructura material, simbólica y política en la que se entrelazan memorias colectivas, formas de subsistencia y órdenes sociales marcados por el género, la clase, la raza, la edad. Las alfombras persas, reconocidas globalmente como símbolo de refinamiento cultural, son producidas mayoritariamente por mujeres y niñas que trabajan en talleres domésticos situados en zonas rurales o periféricas del país, en condiciones de informalidad, invisibilidad y precariedad que rara vez son registradas por las estadísticas oficiales. Sin embargo, su participación no es reciente, como muestran diversas investigaciones, entre ellas la del colectivo Ajam Media Collective (2020) y el de Yavari, Mohajer y Khodami (2018), muchas de las tejedoras adultas que hoy sostienen esta práctica aprendieron el oficio desde la infancia, en un entorno donde el telar es parte de la cotidianidad familiar, del aprendizaje generacional y del sostenimiento colectivo de la vida.

En este entramado material y simbólico, la presencia de niñas en el tejido de alfombras persas no puede ser reducida a una expresión marginal o circunstancial de la pobreza, ni interpretada únicamente como una infracción a los derechos de la infancia. Por el contrario, su participación sistemática y estructural en el tejido obliga a repensar críticamente las categorías normativas desde las que se suele abordar el trabajo infantil, muchas veces atravesadas por una mirada occidentalizante que opone desarrollo a trabajo, niñez a productividad, agencia a subordinación. Tal como lo argumenta Erica Burman, la infancia es una categoría social e históricamente producida por discursos científicos y jurídicos que han servido para clasificar, normalizar y jerarquizar cuerpos, especialmente aquellos feminizados, racializados y empobrecidos (Burman 2008).

En esa lógica, las niñas trabajadoras —y en particular las tejedoras— quedan fuera del molde del sujeto infantil legítimo, y son tratadas ya sea como víctimas perpetuas o como anomalías a corregir. Sin embargo, este tipo de trabajo no sólo reproduce valor económico para el capital, sino también formas de conocimiento, afectividad y existencia colectiva que desafían la idea de la infancia como una etapa pasiva. A partir del planteamiento de Nancy Fraser (2020), puede decirse que estas niñas representan una figura clave del capitalismo contemporáneo, sujetas expropiadas cuya existencia mantiene las condiciones materiales que permiten la continuidad de las formas socialmente reconocidas de trabajo y ciudadanía. Son ellas quienes, a través de su labor no remunerada, posibilitan que otros cuerpos sean reconocidos como trabajadores o ciudadanos plenos. El análisis del trabajo de las niñas tejedoras permite desmontar que es precisamente en estos márgenes donde se forjan las genealogías invisibilizadas, pero fundamentales para el capital.

En este tenor, el objetivo de este artículo es analizar críticamente el trabajo de las niñas en el tejido de alfombras persas en Irán, atendiendo tanto a las condiciones estructurales que lo posibilitan como a las formas de agencia que ejercen en contextos de expropiación. Este trabajo es una investigación cualitativa, sustentada en fuentes documentales académicas especializadas en el tema de las infancias y en la industria de las alfombras. En particular, este trabajo está constituido a partir de los aportes de Sivan Balslev (2024), hallazgos recientes en estudios iraníes sobre trabajo infantil como el de Ahmady (2024), y los registros de Ajam Media Collective (2020) y el de Yavari, Mohajer y Khodami (2018) que muestran cómo la práctica del tejido está atravesada por formas de agencia, aprendizaje y subjetivación que desbordan los marcos victimistas y las narrativas moralizantes.

Para cumplir con este objetivo, el presente artículo está organizado en tres apartados. El primero se dedica a desmontar la categoría de infancia como construcción histórica y política, mostrando su carácter funcional al orden colonial y capitalista. El segundo analiza las condiciones específicas del trabajo infantil femenino en Irán, en particular en la industria del tejido, visibilizando las formas de expropiación, informalidad y desprotección que configuran este campo. Finalmente, el tercer apartado se centra en las formas de agencia que despliegan las niñas tejedoras, no como resistencia heroica ni como resiliencia romántica, sino como práctica encarnada de sostenimiento, de saber y de significación propia. El telar, en este sentido, no es solo un instrumento de trabajo, sino una herramienta política con la que las niñas inscriben su lugar en el mundo, incluso en condiciones estructurales de desigualdad.

1 Niñas trabajadoras y trabajo infantil

El discurso internacional sobre la infancia, anclado en un modelo occidental, omite la complejidad de la producción histórica y política de las infancias al definirlas desde una perspectiva que se pretende universal, pero que excluye sistemáticamente a quienes no se ajustan a sus parámetros. “La infancia”, así en abstracto, es una producción histórico-política que responde a un orden hegemónico altamente redituable para aquellos cuya organización les describe como capaces, civilizados, desarrollados, superiores, pero esa superioridad solo se sostiene a partir de la violencia que constituye y atraviesa los cuerpos de mujeres racializadas, niñas precarizadas, disidencias sexogenéricas, migrantes, desplazados. La infancia no es, entonces, una categoría inherente a la existencia humana, sino una tecnología de poder que organiza quién merece cuidado y quién puede ser entregado al desgaste sin que ello interrumpa la promesa de desarrollo.

Al devolverle historicidad y politicidad a la infancia, su crítica se vuelve fundamental para quienes investigamos cómo ciertos cuerpos infantiles son constituidos como fuerza de trabajo necesaria y a la vez silenciada, como sucede en el caso de las niñas tejedoras de alfombras en Irán. A este respecto, Erica Burman ha advertido que la infancia, tal como ha sido definida en la psicología del desarrollo y en los discursos internacionales sobre derechos, responde a un modelo civilizatorio europeo que, al igual que las lenguas, las formas de vestir o las relaciones sexuales y laborales, fue implantado en los márgenes del mundo moderno a través del proceso colonizador. En ese marco,

la infancia fue transformada en una etapa pasiva, protegida, improductiva, lo cual implicó una reconfiguración violenta de las formas locales en que los cuerpos de niñas y niños participaban de la vida comunal, de la producción, del trabajo y del mundo social (Burman 2008).

La autora tiene razón al señalar el carácter occidental de la infancia, pues en los estudios especializados en Irán identifican con precisión cómo el proceso colonial transformó las relaciones sociales incluidas las formas de relacionarse de las y los niños. Por ello, viene a colación el trabajo de la historiadora iraní Sivan Balslev, especializada en historia cultural y social de los siglos XIX y XX, quien ha centrado su investigación en cómo se configuraron las nociones modernas de niñez en Irán entre 1870 y 1970, y en qué medida estas nociones reorganizaron la distribución social del trabajo infantil en contextos coloniales y poscoloniales. Con esta trayectoria, Balslev consigue fundamentar que la transformación del significado de la infancia en Irán estuvo íntimamente vinculada a procesos de colonización, modernización forzada y reformas internas, a partir de lo cual la infancia comenzó a ser concebida como una etapa de vulnerabilidad y dependencia, derivó en la promoción de la escolarización obligatoria y en una creciente deslegitimación del trabajo infantil, particularmente en los entornos urbanos (Balslev 2024: 731).

Sin embargo, esta redefinición no erradicó el trabajo infantil en Irán, lo empujó hacia formas aún más precarias y marginales. Entonces, hay una tensión entre la imposición de modelos de infancia moderna occidental y la persistencia del trabajo infantil, pues mientras organismos como la OIT y la UNICEF impulsaban estándares internacionales para eliminar el trabajo infantil, las condiciones económicas globales y las lógicas imperiales afianzaban su dependencia (Balslev 2024: 730). En este proceso, encuentro que la transición de los talleres artesanales familiares a fábricas centralizadas no solo implicó una mayor explotación de las infancias, sino también una forma sistemática de invisibilización institucionalizada.

A este respecto, el trabajo de la autora dialoga con el de Kameel Ahmady (2024) al aportar los límites analíticos y políticos de las categorías internacionales sobre el trabajo infantil en Irán, particularmente la distinción entre *child work* y *child labor*, que lejos de proteger a las infancias trabajadoras, terminan reforzando jerarquías de género que colocan a las niñas en una zona de desprotección estructural. Según esta clasificación internacional, se considera *child work* aquel trabajo “ligero” que no interfiere con la educación ni con el desarrollo del menor, mientras que *child labor* se

define como todo aquel trabajo que daña, explota o impide el desarrollo físico, mental o social del niño o niña (Ahmady 2024: 948).

Sin embargo, esta separación normativa opera sobre una lógica occidental y colonial que no se ajusta a las condiciones históricas, sociales y económicas de países como Irán (Balslev 2024: 731-732), al tiempo que alberga una lógica patriarcal especialmente violenta con las niñas, pues mientras que los niños que trabajan en talleres o calles suelen ser reconocidos como trabajadores precoces por estas organizaciones, las niñas pueden ser expropiadas, explotadas y disciplinadas siempre que ello ocurra dentro del hogar o bajo el discurso de la “ayuda familiar” (Ahmady 2024: 951).

Así, la despolitización del trabajo infantil femenino se articula con una racionalidad productiva de corte global que convierte a las niñas en mano de obra ideal, naturalizando su incorporación en sectores como la industria textil. Los cuerpos infantiles fueron instrumentalizados debido a su supuesta docilidad, habilidad manual y bajo costo, pues las niñas tejedoras eran capaces de memorizar patrones complejos y realizar nudos diminutos que exigían gran precisión, cualidades exaltadas por los comerciantes sin que ello se tradujera en un reconocimiento de su trabajo legítimo. Para ilustrar esto, Balslev, recuperando el testimonio de Mary Hume-Griffiths, relata cómo el intento de un cónsul británico por reemplazar a las infancias por hombres en la producción de alfombras a principios del siglo XX fracasó debido al alto costo y a la menor productividad de los adultos tejedores (Balslev 2024: 732-733).

Con estos hallazgos, me es posible fundamentar que la industria de las alfombras en Irán se consolidó a partir del trabajo invisibilizado y expropiado de las niñas, y a su vez nos indica que el deseo de los mercados occidentales por alfombras persas baratas opera como una fuerza estructural que mantuvo —y aún mantiene— mecanismos sofisticados de justificación frente a la expropiación de infancias tejedoras. Coincidí plenamente con el planteamiento de Balslev (2024) y de Ahmady (2024) cuando sugieren, cada una desde sus propios marcos analíticos, que no es el trabajo en sí mismo el que debe situarse como origen de la desigualdad, sino la manera en que la infancia ha sido reconfigurada e instrumentalizada por los aparatos normativos y productivos del capitalismo moderno, en función de criterios coloniales, patriarcales y clasistas que hacen de la infancia un campo de disputa entre expropiación y tutela.

A diferencia de Balslev, la investigación del antropólogo británico-iraní Kameel Ahmady, quien ha trabajado infancias, género y minorías étnicas en Irán, pone énfasis en las distinciones estructurales entre el trabajo de niñas

en Irán. Los hallazgos de Ahmady contribuyen a pensar cómo el trabajo de las niñas se inscribe en la lógica del cuidado, la contribución familiar y la preparación para la vida adulta, lo que refuerza su subordinación estructural. Esta narrativa funciona como un dispositivo de ocultamiento que excluye a las niñas de las estadísticas laborales y de los marcos normativos de protección, incluso cuando su carga horaria, los efectos en su salud y la interrupción de su escolaridad son comparables o incluso superiores a las de los niños en trabajos remunerados (Ahmady 2024: 953).

En este marco de subordinación estructural que invisibiliza a las niñas como trabajadoras, la propuesta de Nancy Fraser (2020) aporta otra capa de complejidad del trabajo feminizado al demostrar que la expropiación es un componente estructural del capitalismo; mientras la explotación se ejerce sobre trabajadores y trabajadoras formalmente libres, la expropiación opera sobre aquellos a quienes se les niega incluso el estatus de sujetos de derecho. Las niñas tejedoras encarnan esta segunda categoría, pues su trabajo rara vez aparece en las estadísticas oficiales y sus salarios, cuando existen, son tan bajos que apenas cubren la reproducción de su fuerza laboral. “La sujeción de aquellos a quienes el capital expropia es una condición oculta para la libertad de aquellos a quienes explota” (Fraser 2024: 98-99).

El trabajo que hacen las niñas no responde únicamente a razones económicas, si bien los bajos salarios son un incentivo evidente, también intervienen otras formas de racionalidad que organizan la expropiación infantil como una práctica funcional al capital. La facilidad para disciplinar, la escasa resistencia a condiciones laborales degradantes y la inexistencia de vínculos contractuales hacen que las niñas resulten “más gestionables” que las mujeres adultas, particularmente cuando no existe conciencia o reconocimiento efectivo de sus derechos.

Estas condiciones de expropiación se articulan también con dispositivos ideológicos que configuran desde edades tempranas una subjetividad feminizada funcional al capital. La llamada “domesticación de las mujeres” no irrumpió en la adultez como imposición súbita, sino que se va inscribiendo y表演ando los cuerpos infantiles como parte de una pedagogía patriarcal que naturaliza la subordinación. En el caso de las niñas tejedoras, esta ideología se expresa en la invisibilización del trabajo que realizan dentro del hogar o en talleres familiares, bajo la narrativa de que “ayudan”, “aprenden” o se “preparan para su futuro rol de esposas y madres”. La ideología de la domesticidad establece una relación estructural entre feminidad y espacio privado, y constituye históricamente a las mujeres desde la infancia como cuidadoras, amas de casa y proveedoras de afecto (Bradley 2016: 120). La

lógica de la domesticidad persiste incluso cuando las mujeres se insertan en el trabajo remunerado condicionando materialmente sus oportunidades laborales, al obligarlas a conciliar la doble jornada del trabajo asalariado y doméstico (Bradley 2016: 113).

Esta organización simbólica y material de lo femenino como doméstico permite que el capital desplace la expropiación a territorios donde la producción no se nombra como tal, pero sostiene el circuito global de mercancías. Las alfombras persas que circulan globalmente son, en parte, el resultado de esa zona ambigua donde el trabajo infantil no desaparece sino que cambia de nombre. No hay forma de comprender la articulación entre el capital global y las cadenas artesanales sin considerar la incorporación de cuerpos feminizados e infantilizados a los procesos de producción. Pero mientras las industrias exhiben sus certificaciones de supuesta “responsabilidad social”, las niñas continúan trabajando bajo esquemas de expropiación sin reconocimiento, pues reconocerle pondría en crisis la arquitectura económica y ética que sostiene el valor de estas mercancías. Entonces, no se trata solo de su trabajo, sino de las condiciones que lo hacen posible. A eso se dirige el siguiente apartado.

2 Contextualizando las condiciones materiales del trabajo de las niñas tejedoras en Irán

Al menos desde el siglo XIX, la industria de las alfombras persas se consolidó como un sector clave para la economía de exportación iraní y, en ese marco, el trabajo de las niñas fue central para sostener su expansión. En contextos donde el acceso a la educación era limitado y la movilidad social prácticamente inexistente, el telar se convertía en un horizonte inmediato de vida. Durante el primer periodo de modernización de Irán (1925-1941), el tejido de alfombras fue promovido como una industria nacional que representaba la supuesta autenticidad persa, al tiempo que se fomentaba la inserción de mano de obra barata a través de contratos desiguales con intermediarios locales.

Durante los años setenta, el modelo de producción alfombrera en Irán se consolidó sobre una estructura de explotación intrafamiliar en la que las niñas desempeñaban un papel central. Esta inserción precoz no solo garantizaba bajos costos para los intermediarios, sino que institucionalizaba

la figura de la niña tejedora como parte del engranaje doméstico-productivo por sus habilidades motrices y su obediencia a la autoridad familiar, lo que permitía jornadas largas y salarios ínfimos sin necesidad de regulación estatal (Moghadam 2000: 389). Las reformas laborales tras la Revolución Iraní de 1979 tampoco transformaron sustancialmente esta realidad, pues los programas estatales priorizaron el fortalecimiento de la producción artesanal sin intervenir en las condiciones estructurales que sostenían la participación infantil y feminizada en el sector.

Balslev (2024) ya advertía que en la década de los noventa miles de niñas eran empleadas en la fabricación de alfombras desde edades tempranas, muchas veces por menos de un dólar al día y bajo condiciones que incluían jornadas de entre 8 y 12 horas, escasa ventilación, esfuerzo ocular sostenido y exposición a materiales tóxicos como tintes o pegamentos. Este entorno contribuye a múltiples afectaciones en su salud, incluyendo lesiones en la columna, daños en la visión, intoxicaciones por tintes y deformaciones óseas por posturas forzadas frente al telar (Nazari; Mahmoudi; Dianat y Graveling 2012: 265).

Las reformas legales ya en el siglo XXI, como la Ley de Seguridad Social para tejedoras aprobada en 2009, han sido implementadas de forma desigual, condicionadas por criterios burocráticos, limitaciones presupuestales y criterios discriminatorios como la edad. Además, los procesos de aseguramiento han beneficiado solo a las mujeres con mayores recursos, excluyendo a las más pobres, analfabetas o rurales, lo que ha profundizado las brechas entre las propias tejedoras (Nikpey y Bazargan 2021: 189–217). A ello se suma el hecho de que muchas de ellas trabajan sin empleador, en talleres familiares, lo que les impide acceder a derechos básicos como pensiones, licencias por maternidad o seguro de desempleo. Así, los cambios recientes en la industria alfombrera iraní no han supuesto una mejora sustancial para este sector feminizado; por el contrario, han institucionalizado formas selectivas de exclusión y profundizado la invisibilización de las condiciones específicas de las niñas y mujeres tejedoras.

Las condiciones materiales en que se realiza el trabajo infantil reproducen formas específicas de desposesión para las niñas, particularmente cuando el salario ni siquiera les es entregado directamente. En los trabajos donde median empleadores —sobre todo en el caso de niñas—, es común que el pago se negocie con los padres y se canalice íntegramente hacia ellos, sin que exista relación laboral reconocida entre empleador y trabajadora. En contextos de informalidad, es habitual que el jefe de familia entregue apenas una fracción del ingreso a la menor como mecanismo de retención

o compensación afectiva, lo cual refuerza la subordinación material bajo el lenguaje del cuidado o la gratitud.

El trabajo infantil es parte constitutiva de un sistema que requiere cuerpos obedientes, maleables y disponibles, puesto que ha sido históricamente producido para encajar en el telar que no solo genera alfombras, sino también jerarquías de clase-raza-género-edad. En los talleres de tejido, muchas veces improvisados en los patios traseros de las casas, el espacio doméstico se fusiona con el productivo, convirtiéndose en el lugar donde comienza la expropiación. Tal como plantea Nancy Fraser (2020), el capital no se sostiene únicamente sobre lo visible, lo contabilizable, lo formalizado en los espacios reconocidos como productivos -háblese de la oficina, fábrica, taller, empresa, etc.-, sino que requiere una red extensa de “talleres ocultos” donde se forjan las condiciones materiales para que la acumulación sea posible. El hogar, entendido como espacio reproductivo y privado, es uno de esos talleres, dado que allí no solo se cuida, se alimenta o se reproduce la vida, también se produce mercancía, se genera valor, se desgastan cuerpos.

El caso del tejido de alfombras en Irán muestra con brutal claridad cómo esa doble función del hogar se convierte en un enclave fundamental para el capital. No es casual que los telares se ubiquen dentro de las casas ni que las tejedoras sean, mayoritariamente, mujeres y niñas. Es justamente en esa superposición entre lo doméstico y lo productivo donde el sistema encuentra su mayor eficiencia, puesto que se invisibiliza el trabajo, se reduce el costo laboral, se naturaliza la explotación y se anulan las posibilidades de protección legal. El capitalismo no puede existir sin esa infraestructura social que no paga, no reconoce y, sin embargo, necesita desesperadamente (Fraser 2020). Las niñas tejedoras evidencia el hogar como la primera fábrica y la primera escala de expropiación, pues el telar no sólo exige habilidad, también inmovilidad, no interrumpir, que el cuerpo infantil se discipline a los ritmos del capital, y es así evidente como éste no irrumpa en estos hogares, los habita.

La explotación de las niñas tejedoras en Irán no puede leerse al margen de una historia más amplia en la que el capitalismo ha producido, desde sus orígenes, formas específicas de subordinación infantil feminizada como parte estructural de su expansión. En este sentido, el trabajo de Jane Humphries (2003) no solo permite establecer un precedente histórico del rol central que desempeñaron las niñas en la revolución industrial británica, sino que evidencia la persistencia de una racionalidad económica que ha sabido adaptarse a nuevos contextos sin modificar su lógica de fondo, su

feminización —asociada a la docilidad, la sumisión y la destreza— fue explotada sistemáticamente por los empleadores, quienes las preferían por su bajo costo. Las condiciones descritas —jornadas de hasta catorce horas, salarios mínimos o inexistentes, castigos físicos frecuentes— revelan un régimen disciplinario diseñado para moldear desde la infancia cuerpos útiles, fatigados y obedientes, pero indispensables para sostener la acumulación de capital (Humphries 2003: 399–403).

A partir de esto, es posible reflexionar cómo el trabajo infantil femenino traza una línea directa entre los talleres industriales del pasado y las fábricas, patios y casas donde hoy se tejen alfombras en Irán, mostrando que la explotación de niñas no es una disfunción del sistema, sino una necesidad estructural. Esta lectura nos obliga a desplazar el debate desde los marcos morales o paternalistas hacia una crítica radical del orden económico que hace posible y rentable esa explotación, precisamente porque construye a las niñas como sujetas sin valor humanitario, pero de altísimo valor para el capital.

Además, Jane Humphries (2003) nos dice cómo esa configuración histórica de la infancia como fuerza de trabajo útil y adaptable no solo fue funcional al despegue industrial británico, sino que se internacionalizó como una tecnología de gobierno del capital, exportada y reproducida en geografías periféricas bajo nuevas formas. El caso iraní evidencia que las lógicas de feminización de la infancia trabajadora —que Humphries documenta para el siglo XIX— es un régimen disciplinario formal que persiste hoy en regímenes extractivos atravesados por la informalidad, la colonialidad y el control familiar como extensión del control capitalista. Aquí la infancia es el punto de anclaje de un tipo de acumulación que requiere que los cuerpos feminizados no se perciban como tales, que su producción no figure en las estadísticas, y que su destrucción física y simbólica no sea motivo de indignación.

A pesar del régimen estructural de violencia y explotación que organiza el trabajo infantil en Irán, y en otras partes del mundo, resulta urgente y éticamente necesario resistir toda tentación de fijar a las niñas tejedoras en una narrativa de víctimas absolutas. Esta representación, aunque bien intencionada, contribuye a su deshumanización, pues les priva de agencia, de pensamiento, de historia. En el caso de las niñas que tejen alfombras, la subordinación patriarcal y capitalista no implica ausencia de saber, de decisión o de capacidad de interpretación del mundo. Como toda subjetividad, ellas también se forman en medio de contradicciones, de afectos, de vínculos, de sentidos que no pueden ser reducidos a la lógica de la mercancía ni a la noción liberal de infancia como etapa de “inocencia”

a proteger. La idea de que las mujeres y las niñas en sociedades de mayoría musulmana están completamente silenciadas por el patriarcado y los autoritarismos locales es una imagen colonial que borra sus formas de resistencia, de aprendizaje y de participación en el sostenimiento colectivo de la vida. En el siguiente apartado abordaremos con precisión la agencia de las niñas tejedoras de alfombras.

3 La agencia de las niñas tejedoras: saberes, memoria y trabajo en los telares

Pensar la agencia de las niñas tejedoras en Irán exige desmontar los marcos liberales que asocian automáticamente la capacidad de acción con la resistencia abierta o la autonomía individual. Desde la propuesta de Saba Mahmood (2005), la agencia no debe entenderse como una facultad preexistente que se despliega en oposición al poder, sino como una práctica que se constituye precisamente a través de la relación con las normas sociales, religiosas y morales que configuran el cuerpo y el deseo. En su estudio sobre el movimiento de mujeres pietistas en Egipto, Mahmood nos muestra que prácticas como la sumisión, la modestia o la repetición ritual no deben leerse exclusivamente como formas de subordinación, sino como modos de habitar y resignificar las normas desde una interioridad que la encarna de manera activa (Mahmood 2005: 29–30).

Esta perspectiva permite pensar que las niñas tejedoras, aún cuando parecen operar dentro de un orden de obediencia, están participando en una práctica social donde su acción expresa una agencia situada, afectiva y material, que se ejerce incluso desde los márgenes más estrechos de la normatividad. Así, la agencia no se define por su capacidad disruptiva, sino por su inscripción contingente en las formas sociales que habilitan ciertas posibilidades de actuar, aunque esas formas impliquen disciplina, trabajo o incluso sacrificio (Mahmood 2005: 14–15). En este marco, resulta fundamental reconocer a las niñas tejedoras como sujetas que, en medio de la expropiación, ejercen formas complejas de habitar, sostener y negociar las condiciones que las configuran.

Estas ideas de Mahmood dialogan con los planteamientos de Pierre Bourdieu (1997), quien propone que el *habitus* —ese conjunto de disposiciones socialmente producidas que orientan la percepción y la acción— no cancela la agencia, sino que la enmarca, la moldea y la torna inteligible dentro de un campo de relaciones estructuradas. Para Bourdieu

(1997), el sujeto actúa desde un cuerpo históricamente configurado, cuyas prácticas están mediadas por las condiciones sociales que lo atraviesan y lo posicionan: “los ‘sujetos’ son en realidad agentes actuantes y conscientes dotados de un sentido práctico [...] sistema adquirido de preferencias, de principios de visión y de división [...] y de esquemas de acción que orientan la percepción de la situación y la respuesta adaptada” (Bourdieu 1997: 40). A partir de lo que nos propone el autor, podemos entender la agencia como una capacidad diferencial de actuar en el mundo, que se produce al interior de campos de poder y que puede ser tanto reproductora como disruptiva, dependiendo de la posición social, la historicidad del cuerpo y las formas en que se articula con las normas.

En consonancia con lo anterior, Sherry Ortner nos aporta que la agencia constituye una práctica intencionada y significativa que se configura a partir del lugar estructural del sujeto, del momento histórico y del repertorio cultural disponible. Su propuesta distingue tres formas de agencia: como resistencia directa al poder, como capacidad de actuar dentro de estructuras sin necesariamente resistirlas, y como “proyecto”, entendida esta última como un compromiso ético, afectivo y político orientado hacia la transformación de una situación vivida como opresiva, incluso cuando se actúa desde condiciones profundamente limitantes (Ortner 2006: 139–141). Esta tercera forma es la que Ortner privilegia, ya que permite pensar a los sujetos no sólo como capaces de resistir, sino como portadores de aspiraciones que organizan sus acciones en relación con horizontes de sentido. La agencia, así, se encarna en “proyectos”, es decir, en apuestas personales y colectivas que, aún inmersas en campos de poder, sostienen procesos de transformación o supervivencia.

Destaco de la aproximación de Ortner que articula la agencia y la subjetividad, al mostrar cómo ésta se constituye en la tensión entre lo que el sujeto desea, lo que espera, lo que puede hacer y lo que las estructuras permiten o bloquean. Así, incluso en contextos marcados por la precariedad extrema, la agencia no se manifiesta como emancipación, sino como la capacidad de sostener la vida o, en algunos casos, de decidir no sostenerla, bajo condiciones materiales brutalmente desiguales (Ortner 2006: 145–147). En estos escenarios, las mujeres —muchas de ellas en contextos poscoloniales— despliegan estrategias dentro de estructuras patriarcales, no necesariamente para subvertirlas, sino para encontrar márgenes de maniobra significativos en relación con la normatividad, la emoción, la historia y la cultura, punto de anclaje fundamental que nos ayuda a (re)pensar y (re)politizar la agencia de las niñas tejedoras.

Considero que retomar los aportes de Mahmood (2005), Bourdieu (1997) y Ortner (2006) nos abre la posibilidad de reconocer formas de acción que emergen desde y en medio de regímenes normativos, donde las condiciones de expropiación, la domesticidad o el trabajo infantil la configuran de maneras complejas y contingentes. Lejos de romantizar las experiencias de las niñas tejedoras, se trata de leer en esos gestos —a veces imperceptibles— una politicidad que desafía las dicotomías entre sumisión vs resistencia, y que nos exige una relectura, mirar desde otros lados los modos en que las niñas producen sentido, sostienen mundos y actúan, incluso cuando lo hacen en los márgenes de lo reconocible como acción política.

En el caso de las niñas tejedoras, la agencia se sostiene en la decisión de no abandonar el telar, en la interiorización de los ritmos, en la manera en que el cuerpo infantil aprende a modular el tiempo del trabajo, se configuran proyectos que operan en la escala de apuestas éticas y afectivas, es decir, el deseo de contribuir a la economía familiar, de evitar el castigo, de proteger a una hermana menor, o simplemente de cumplir con lo que se espera. Pensar su agencia implica, entonces, desplazar nuestra mirada de los actos extraordinarios o disruptivos que toman el llamado espacio público y aprender a reconocer cómo el poder se tramita y se enfrenta en prácticas sutiles, en elecciones reiteradas, en prácticas que parecen imperceptibles que permiten seguir sosteniendo la vida a pesar de los atentados contra ésta.

En este sentido, Rekha Pappu tiene razón cuando insiste en que no basta con recuperar las voces de las infancias para comprender su agencia, sino que es indispensable un desplazamiento profundo que obliga a pensar dicha agencia desde otras ontologías: reconocer a las niñas como sujetas de experiencia, con proyectos, lenguajes y rationalidades que no se ajustan a las matrices adultocéntricas de libertad o desarrollo (Pappu 2024: 297). Así, es importante reconocer que las niñas que se dedican a tejer comprenden los códigos simbólicos, materiales y afectivos que sostienen a sus comunidades. Muchas niñas tejedoras crecen entendiendo el costo de la vida no como abstracción, sino como experiencia encarnada porque saben desde muy jóvenes cuánto vale una hora, cuánto cansa una jornada, cuánto dura un hilo, cuánto cuesta la reproducción de la vida.

Aprenden a sostener su vida y la de su familia sin necesidad de haber alcanzado la mayoría de edad ni de haber sido reconocidas como sujetas plenas de derecho por el Estado, y ese saber “temprano” configura identidades, subjetividades y posicionamientos políticos que no deben ser invisibilizados, por el contrario, es imperante reconocer su conciencia política. En su trabajo también hay una forma de conciencia, de lectura

del mundo, de construcción de lo común, y es ahí, en esa tensión entre subordinación y agencia, donde podemos empezar a pensar otros modos de nombrarlas.

Esta politicidad se expresa también en las formas sensibles y simbólicas que acompañan el trabajo cotidiano, donde los gestos aprendidos desde la infancia se transforman en lenguajes de transmisión intergeneracional. Es en ese cruce entre técnica, memoria y afecto donde emergen registros concretos de agencia, como lo ha documentado en Irán la colectiva Ajam Media Collective (2020). Aunque su investigación no se centra en la infancia, la presencia estructural de las niñas es ineludible, pues la mayoría de las tejedoras crecieron entre telares, hilos y cánticos, y el lugar de trabajo está acompañado por sus hijos que no solo aprenden un oficio, sino una forma de vida. En regiones rurales, las canciones de cuna transmitidas entre mujeres han sido resignificadas como cantos de trabajo. Una de ellas canta: “Tejo la densa alfombra de Kashan, aunque me sangren los dedos, yo tejo”, y otra afirma: “Canto mientras tejo porque mi abuela también cantaba mientras tejía. Lo hago para mantenerme despierta, para contar los puntos, pero también para recordar. Estas canciones están tejidas en nuestras alfombras, son parte de ellas” (Ajam Media Collective 2020).

Esto no es un detalle menor, la presencia de canciones de cuna asociadas al tejido de alfombras nos revela que las mujeres, al mismo tiempo que tejen, participan en la crianza colectiva de las infancias. Esta práctica configura las formas en que las niñas se socializan en torno al telar, incluso aquellas que no llegan a ejercer el oficio. Para quienes sí se incorporan al tejido —guiadas por madres, abuelas o hermanas mayores—, el aprendizaje implica mucho más que una técnica, dado que aprenden a hilar, a leer los diseños, a calcular los nudos, a organizar el telar. Es un proceso intensivo que demanda disciplina, fuerza física y sensibilidad estética, y a través de él, las niñas adquieren una posición dentro de la estructura familiar y comunal. Esta inserción temprana les otorga una forma de legitimidad, una autoridad simbólica como portadoras de saberes culturales que trascienden el ámbito doméstico y se inscriben en la memoria colectiva del tejido.

Los testimonios recopilados por Ajam Media Collective (2020) revelan que las prácticas sonoras que acompañan el tejido operan como mecanismos de inscripción afectiva, histórica y política, en los que el canto constituye una forma de narración situada que reinscribe las genealogías de las mujeres en la materialidad de la alfombra, estableciendo una relación íntima entre el cuerpo que trabaja y el mundo que se sostiene a través de ese trabajo. Así, el tejido se convierte en una práctica epistémica que subvierte su reducción

a mercancía, pues en cada canto se preserva una conciencia histórica que desborda las lógicas del mercado y permite habitar el presente desde una politicidad del hacer que entrelaza materia, voz y memoria.

Esta politicidad del hacer no se limita al registro sonoro, también se manifiesta en la visualidad inscrita en el textil, como lo muestra la investigación de Yavari, Mohajer y Khodami (2018), donde la alfombra se convierte en un espacio de narración gráfica. Las autoras documentan que en distintas regiones rurales de la provincia occidental de Kermanshah, Irán las tejedoras insertan elementos visuales que remiten a pérdidas familiares, desplazamientos forzados, luchas comunales y acontecimientos bélicos recientes, transformando la alfombra en un espacio que codifica experiencias traumáticas a través de signos específicos que se desvían de los diseños canónicos del bazar. La inserción de estas memorias no es aleatoria, los motivos se seleccionan según su proximidad afectiva con las vivencias de la tejedora, y muchas veces son elaborados de forma colectiva entre mujeres de una misma familia, lo que refuerza su carácter relacional (Yavari; Mohajer y Khodami 2018: 75).

Este proceso no responde a un encargo externo ni a un diseño preestablecido, sino que emerge de una decisión concreta de representar lo vivido en el textil, lo cual, en contextos de guerra y desposesión, se vuelve una estrategia de reinscripción del dolor, de la muerte y del arraigo territorial. A pesar de que la investigación de Yavari, Mohajer y Khodami (2018) no se detiene en las infancias, es posible ver que las niñas que crecen y participan en este entorno de tejido compartido no están excluidas de estos circuitos de memoria, y aprenden desde pequeñas a reconocer qué se teje, por qué y para quién, lo que implica una política del lenguaje textil.

En continuidad con los procesos de inscripción colectiva y afectiva ya documentados, las niñas que crecen y trabajan en los telares desarrollan formas específicas de intervención que, si bien no configuran una resistencia en el sentido clásico, producen fisuras en los órdenes establecidos y esas fisuras son políticas. La agencia que ejercen no siempre se expresa como confrontación directa, sino como estrategia de sobrevivencia, como gesto que sostiene la dignidad y desacomoda, aunque sea mínimamente, las formas de desposesión que las atraviesan. Reclamar su salario, enseñar a otra niña, organizarse para reducir la carga o afirmarse como tejedoras más allá de su lugar familiar son acciones que condensan una conciencia situada, una subjetividad que desborda los límites que el capital, el Estado o la familia les han asignado, y que permite pensar su hacer como una práctica cargada

de sentido, anclada en una politicidad que no niega la expropiación, pero tampoco la agota.

Este tejido final no busca clausurar la conversación, sino hacer visible que las alfombras persas no solo portan diseños milenarios y colores armoniosos, sino también las huellas corporales, sonoras, memoriales y políticas de quienes las han sostenido desde la infancia. Las niñas tejedoras en Irán no son figuras pasivas atrapadas en estructuras inamovibles, sino sujetas que, aún en condiciones de precariedad, cantan, memorizan, repiten, transforman y tejen la vida. Su agencia no puede ser leída desde la excepcionalidad, sino desde una cotidianidad densa que hace del tejer una forma de resistencia. Nombrarlas, escucharlas, traducir su persistencia en análisis crítico, implica también poner en cuestión qué vidas cuentan como trabajo, qué infancias cuentan como dignas de protección, y qué voces son necesarias para reconstituir el sentido mismo de lo político. En sus manos, entre nudos y urdimientos, se anudan genealogías de expropiación, pero también de sabiduría, comunidad y potencia. Las alfombras que de ahí emergen son, entonces, archivos materiales de una agencia que persiste.

Reflexiones finales

Pensar el trabajo de las niñas tejedoras en Irán exige un descentramiento radical de las categorías desde las que se ha producido históricamente el saber sobre la infancia, el trabajo y la agencia. Este artículo tuvo como objetivo analizar críticamente el trabajo de las niñas en el tejido de alfombras persas en Irán, atendiendo tanto a las condiciones estructurales que lo posibilitan como a las formas de agencia que ejercen en contextos de expropiación. El telar, más que un instrumento de producción, se ha revelado aquí como una tecnología política que articula expropiación, género, infancia y agencia en una trama compleja y contradictoria.

El recorrido propuesto a lo largo del artículo ha buscado, en primer lugar, desmontar la categoría de infancia como una construcción naturalizada que, bajo la apariencia de neutralidad, ha servido para clasificar y jerarquizar cuerpos. Esta categoría ha funcionado como una operación de borramiento sistemático sobre las niñas trabajadoras, en tanto no encajan en el molde del sujeto infantil legitimado por la modernidad liberal: blanco, escolarizado, urbano y consumidor. En contraste, las niñas tejedoras son infantilizadas y adultizadas al mismo tiempo, despojadas del derecho a la infancia y del

reconocimiento como trabajadoras, ubicadas en un limbo donde el capital puede extraer valor sin asumir responsabilidad.

En segundo lugar, el análisis se adentró en las condiciones materiales, espaciales y simbólicas que configuran la explotación de las niñas en la industria del tejido. Las alfombras persas, valoradas en los circuitos globales como objetos de prestigio cultural, se sostienen sobre una geografía de cuerpos pequeños, manos entrenadas desde la infancia, ojos fatigados por el detalle y pulmones expuestos a tintes. Pero no se trata únicamente de una precarización laboral, sino de una lógica de expropiación estructural que se produce en el hogar, en la familia, en el afecto. Como lo plantea Nancy Fraser (2020), el capital no solo necesita de la fábrica, requiere del “taller oculto” de la reproducción social, donde las niñas tejedoras sostienen la vida mientras producen valor que les será despojado.

Lejos de reducirlas a víctimas sin voz, el texto ha buscado abrir un espacio para pensar las formas de agencia que emergen en estos territorios de opacidad. No una agencia heroica ni espectacular, sino encarnada en los gestos, en las canciones de cuna entonadas entre hilos, en el tejido memorial, en la transmisión intergeneracional del oficio, en la capacidad de sostener lo común. La documentación afectiva y sensible del Ajam Media Collective (2020), así como la de Yavari, Mohajer y Khodami (2018) han permitido visibilizar que las niñas no solo tejen alfombras, tejen memoria, comunidad, formas de estar en el mundo. Sus cuerpos, disciplinados y silenciados por el capital, también son cuerpos que saben, que aprenden, que significan, que se inscriben en el mundo con cada nudo.

Este artículo no pretendió romantizar la explotación, pero sí desbordar los marcos normativos que la piensan desde una lógica salvacionista o punitiva. Las niñas tejedoras no son residuos del pasado ni anomalías de un presente en transición: son parte constitutiva del orden global que sostiene la acumulación con cuerpos feminizados, racializados e infantilizados. Reconocer esto es un posicionamiento político porque allí donde el capital quisiera silencio, este texto se propone como un acto de nombramiento, de visibilización y de afirmación de que en los márgenes también se produce historia, saber y posibilidad. Allí, en el telar, las niñas inscriben no solo alfombras, sino un mapa profundo de lo que el mundo es y de todo lo que podría llegar a ser si escucháramos su trama.

Bibliografía

AHMADY, Kameel (2024) “Gender differences in child labour: A systematic review of causes, forms, features and consequences”, *International Journal of Multidisciplinary Research and Growth Evaluation Research Archives* 5(1): 947-956.

AJAM MEDIA COLLECTIVE (2020) “Weaving Persian Rugs with Mothers’ Lullabies: Carpet Workshop Soundscapes in Rural Kashan”, <http://ajammc.com/2020/11/30/rugs-soundscapes-rural-kashan>.

BALSLEV, Sivan (2024) “International organizations and the question of child labor in the Iranian carpet industry”, *Labor History* 65(5): 729–745. DOI: <https://doi.org/10.1080/0023656X.2024.2318196>

BOURDIEU, Pierre (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

BRADLEY, Harriet (2016) *Fractured identities: Changing patterns of inequality*. Malden: Polity Press.

BURMAN, Erica (2008) *Deconstructing Developmental Psychology*. Londres: Routledge.

FRASER, Nancy (2020) *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños.

HUMPHRIES, Jane (2003) “Child Labor: Lessons from the Historical Experience of Today’s Industrial Economies”, *The World Bank Economic Review* 17(2): 175–196. DOI: <https://doi.org/10.1093/wber/lhg016>

MAHMOOD, Saba (2005) *Politics of Piety: The Islamic Revival and the Feminist Subject*. Princeton: Princeton University Press.

MOGHADAM, Valentine (2000) “Hidden from history? Women workers in modern Iran”, *Iranian Studies* 33(3-4): 377-401. DOI: <http://dx.doi.org/10.1080/00210860008701987>

NAZARI, Mahmoudi; DIANAT, Iman y GRAVELING, Richard (2012) “Working Conditions in Carpet Weaving Workshops and Muscu-lkeletal

Complaints among Workers in Tabriz – Iran”, *Health Promot Perspect* 2(2): 265-73. DOI: [https://doi.org/10.5681/hpp.2012.032](https://doi.org/10.5681/.hpp.2012.032)

NIKPEY, Amir y BAZARGAN, Shiva (2021) “An Intersectional Analysis of Women Carpet Weavers’ Labor Rights: A Case Study of Women Carpet Weavers in Tabriz”, *Journal of Modern Administrative Law Research* 3(8):189-215. DOI: <https://doi.org/10.22034/MRAL.2021.532150.1155>

ORTNER, Sherry B. (2006) *Anthropology and Social Theory. Culture, Power, and the Acting Subject*. Londres: Duke University Press.

PAPPU, Rekha (2024) “Gender, Education, and Child Labour. Reflections on Ontological Issues”, en: John, M.; Lotz, B. y Schömbucher, E. (eds.) *Querying Childhood Feminist Reframings*. Londres: Routledge, pp. 125-138.

YAVARI, Fariba; MOHAJER, Fatemeh y KHODAMI, Alireza (2018) “Sociological Explanation of memorials weave in Iranian tribal and rural carpets (Case study: Kermanshah carpet)”, *GOLJAAM* 14(33): 63-82. Disponible en: <http://goljaam.icsa.ir/article-1-282-en.html>